

ANTONIO M.^a CASCAJARES. NOTAS PARA UN CENTENARIO

Por JAVIER MORILLAS GÓMEZ
Universidad San Pablo-CEU, Madrid

«Regad los campos si queréis dejar rastro de vuestro paso por el poder». Joaquín Costa (1844-1911), Exhortación a los partidos políticos.

El año próximo se cumplen cien años del fallecimiento del cardenal Cascajares, nacido en 1834 en Calanda —Teruel—, como el director de cine Luis Buñuel, y cuando apenas terminan los actos conmemorativos del centenario del nacimiento de éste.

1. DE CALANDA AL REGENERACIONISMO.

El cardenal Antonio M.^a Cascajares y Azara era, además de un hombre de la Iglesia, un hombre de Estado. Preocupado por la *res pública*. Una especie de cardenal Cisneros tardío, consecuencia del frustrante siglo XIX español, aunque plenamente una figura de su tiempo, el de la Regencia de la reina María Cristina. Y en este sentido, nada humano de lo que ocurría en la España de «aquel tiempo» le era ajeno.

D. Antonio M.^a Cascajares es un hombre especialmente preocupado por las cuestiones económicas pero que tiene —como el conjunto de la sociedad española de su tiempo para desgracia del país— un gran desconocimiento de las mismas. En el año 1891 el Papa León XIII publica la famosa Encíclica social *Rerum Novarum*, que pasa a constituirse desde entonces en núcleo de la Doctrina Social de la Iglesia. Y la inquietud de Cascajares por las cuestiones

sociales le convierte en el hombre de la *Rerum Novarum* en España. De hecho el Papa le nombra cardenal en 1895, convirtiéndose *de facto* Cascajares en su hombre durante aquellos años de la Regencia.

La crisis económica de España, la cuestión social, los problemas de la restauración, las intrigas dinásticas, el conflicto carlista no cerrado, las campañas de ultramar y el entorno finisecular del «desastre» le enfrentan de forma bronca con todas las contradicciones que el siglo XIX había ido creando en la sociedad española. La tardía revolución industrial, la desvertebración social, las desigualdades, la agitación obrera asociada a la crítica religiosa, el descontento social y la que considera creciente influencia de la masonería.

«Calanda» —que así solía firmar y dirigirse a sus amigos, en notas y cartas informales, utilizando el nombre del pueblo que le vio nacer— tuvo gran influencia y vinculación con aquel gran hacendista liberal que fue el joven Santiago Alba. Éste, acompañando a su padre —César Alba—, frecuentaba la tertulia regular que el cardenal Cascajares mantenía con su círculo vallisoletano. El 2 de enero de 1896 le casó en San Ildefonso con Enriqueta Delibes, un año antes de ser elegido concejal liberal con el apoyo de las Cámaras de Comercio de Valladolid.

Allí se acentuaría la vocación hacendista de Santiago Alba, «último retoño, a través de la Unión Nacional, del regeneracionismo» (1), que luego recibiría asesoramiento de aquel gran maestro de economistas, como le gusta recordar al profesor Velarde, que fue Flores de Lemus.

«Calanda» había recibido una educación, mitad monje, mitad soldado, desde que a los ocho años entrara en el colegio Masamao de Madrid, a fin de prepararse para el ingreso en el Colegio de Artillería de Segovia —actual Alcázar de Segovia—, lo que haría en 1846. Promovido a teniente es destinado al 5.º Regimiento montado, pero un año después, el predominio de su vocación religiosa le llevó a pedir y obtener la licencia absoluta del Ejército, que obtuvo en 1857.

Tras retirarse para practicar durante un mes ejercicios espirituales en el seminario sacerdotal de Zaragoza, ingresa en este establecimiento para cursar los correspondientes estudios eclesiásticos, siendo ordenado sacerdote el 23 de febrero de 1861 por García Gil, arzobispo de Zaragoza. En este año obtiene un beneficio Real en el Pilar de Zaragoza, e inicia los estudios de licenciatura en Teología, que obtiene en 1867. Dos años después es elegido miembro del cabildo catedralicio de Zaragoza, de donde pasa, como deán, a la presidencia del cabildo de la catedral de Burgos y teniente vicario general castrense de aquella archidiócesis, licenciándose también en Derecho civil y canónico.

Durante esos años de su estancia en Burgos intima con los Arias de Miranda, de Aranda de Duero, con quienes mantendría una gran amistad y de apoyo mutuo. En concreto con Diego Arias de Miranda, hombre de grandes iniciativas económicas, entre las que destacan los canales de riego de aquella comarca. Y que el regeneracionismo de Cascajares, respaldaría en todas las instancias a su alcance por sus enormes beneficios sociales para los agricultores, regantes y habitantes de la región (2). Cascajares siempre aso-

ciaría la prosperidad económica de esa zona de la Ribera del Duero —«tierra del valor, de la hidalguía, de la entereza de ánimo, de la seriedad...»— (3) a las obras hidráulicas y al mantenimiento de la catolicidad y reciedumbre de sus gentes (4).

En 1877 pasa a ser arcediano (5), juez ordinario, del cabildo de la catedral primada de Toledo. En diciembre de 1883 es presentado para el obispado de Calahorra, donde quedaría también muy vinculado, y en 1891 para el obispado de Valladolid.

Sus dos principales preocupaciones eran (6) las de los medios de comunicación (lo que llama «la mala prensa») y las cuestiones relacionadas con la educación («y los profesores»), por la gran influencia sobre las gentes y las futuras generaciones, de cara a la propia evolución de la sociedad y del país. Su gran interés por la educación le llevó en esta capi-

bre, «Calle Arias de Miranda», en otras localidades de la zona como Fuentelcásped, yendo de Castillejo de Robledo —primer pueblo soriano de la Ribera del Duero— a su casi contiguo Aranda, donde se instalaría un hermano del cardenal, José Cascajares.

(3) A.M. Cascajares, (1896), *Pastoral sobre la actual guerra de Cuba*. Reproducida íntegra en la revista *La Cruz*, tomo I, 1896, p. 335.

(4) Un sobrino suyo, Samuel Cascajares, naciera en Aranda de Duero, siendo secretario de Ayuntamiento en el municipio de Castillejo de Robledo, que fuera Robledal de Corpes según el poema del Mio Cid y que con su viejo castillo templario encandilaría al cardenal. Aunque en la partida de bautismo de éste se dice que «era el duodécimo hijo» de Catalina de Azara —hija de los marqueses de Nibbiano— y de su padre Agustín, fueron al menos trece hijos. Éste, aunque vecino de Calanda —donde murió y yace—, nació en Zaragoza el 4-5-1794, siendo bautizado en el Pilar de Zaragoza con los nombres de Agustín, Pío y Josep, muriendo el 8-8-1860. Así consta en las correspondientes partidas de nacimiento, defunción y matrimonio consultadas. En la cripta de la iglesia de Calanda yace también Pilar Cascajares Azara (30-12-1836/ 11-10-1837), nacida dos años después de Antonio y fallecida sin cumplir un año. El cardenal quedaría como «el pequeño de los hermanos».

(5) Antiguamente era el primero o principal de los diáconos, luego una dignidad de las iglesias cardenalcias. Agradecer aquí todas las ayudas del párroco y secretarios del Juzgado de Calanda, P. Gonzalo Gonzalvo, Delfín Sánchez y Santos Lucio.

(6) *Vid.*, A.M. Cascajares, *et al.*, en *Carta Pastoral colectiva de los obispos de la provincia eclesiástica vallisoletana, 15 de mayo de 1893*. Reproducida íntegra en la revista *La Cruz*, 1893, pp. 8-51.

(1) Cfr. Juan Velarde Fuertes, recogido en recopilación de J. Morillas, «Temas de Estructura Económica» (Madrid, Mayoral, 1986), p. 45.

(2) En Aranda de Duero se conserva una placa en la calle Isilla o de Arias de Miranda donde puede hoy leerse: «El Canal Reina Victoria Eugenia. Los regantes agradecidos al Excmo. Sr. D. Diego Arias de Miranda que impulsó las obras de este canal... Nacido en esta casa el 1-XII-1843». Su obra es también recordada al figurar su nom-



El cardenal Cascajares.

tal a luchar por el establecimiento de una universidad, lo que intentó al elevar a Universidad Pontificia el seminario de Valladolid. En esta capital, y en el mismo campo educativo, estableció el colegio de huérfanos militares de Santiago.

Las buenas relaciones que en todo momento mantuvo con el Ejército se manifestaron en el acto de imposición de su birreta cardenalicia, en 1895, al ser obsequiado con un extraordinario anillo pastoral regalo del arma de Artillería. Hoy figura entre las joyas del

Museo de la Virgen del Pilar de la catedral de Zaragoza que, en julio de 1997, el P. Eduardo Torra de Arana, conservador del museo pilarista, enseñaba entre el conjunto de anillos cardenalicios, aunque se equivocaba al pensar que el cardenal yacía en la cripta del Pilar de Zaragoza. Trasladado al arzobispado de Zaragoza la muerte le sorprendió en Calahorra mientras esperaba las bulas.

2. LOS CASCAJARES, EN EL FRUSTRANTE SIGLO XIX ESPAÑOL.

La familia de Cascajares había sufrido muy negativamente el convulso siglo XIX español. El abuelo Justo José (7) y toda su familia se habían distinguido en Calanda por su lucha contra los franceses, viendo por ello muy gravemente dañados sus bienes. Cuando parecían recuperarse vienen las guerras carlistas que, especialmente enquistadas en el bajo Aragón, les acarrearían la ruina, pero distinguiéndose igualmente por su fidelidad a la Corona. Antonio M.^a —como sus hermanos mayores— tuvo ocasión de conocer directamente a Ramón Cabrera (Tortosa, 1806) con motivo de la ocupación carlista de la casa paterna y sus campañas por la zona, lo que sin duda contribuyó a crear en ellos una extraña relación de comprensión-repulsión.

Cabrera, a la muerte de Fernando VII, había sido desterrado por los antecedentes políticos de su familia, pero en lugar de cumplir la orden marchó a la cercana Morella presentándose al barón de Hervés, que había abierto un banderín de enganche carlista. No fue ésta la reacción del padre del cardenal, Agustín Cascajares, barón de Bárcabo. Éste es herido al enfrentarse a Cabrera en su ocupación de Calanda, cuando Antonio M.^a apenas tiene tres años, sufriendo la desarticulación de su hacienda y

su familia. «El Tigre» resiste en el Maestrazgo y, después de perder Morella —donde incluso había creado una Academia de cadetes— y Talés, se refugia en 1840 en Francia.

En 1847 vuelve la guerra y la inestabilidad al ser nombrado Cabrera capitán general de las fuerzas carlistas en Aragón, Cataluña y el Maestrazgo levantándose partidas por toda la región, hasta la paz de Falset, en 1849, y el exilio definitivo en Londres, del —no obstante— nombrado marqués del Ter.

De los trece hijos que tuvo el barón de Bárcabo, Félix y José (8), mantendrían una cierta conexión con los carlistas de Cabrera —de su época calandina— de utilidad para las labores de mediación, especialmente en el caso del primero como luego se indicará, dada la muerte prematura del segundo antes de 1860 (9).

El haber padecido los desastres de la guerra tan de cerca y por tanto conocer los sentimientos de las partes, les llevó a buscar salidas de consenso como las que se encomendaron a Félix, llamado «El Letrado». Auditor de Marina y doctor en Filosofía y Letras, fue diputado a Cortes por el distrito turolense, contiguo a Calanda, de Valderrobres en tiempos de la Unión Liberal. Cuando las soluciones dinásticas estaban abiertas, Félix Cascajares Azara había sido enviado a conferenciar en nombre de los políticos aragoneses con exiliados ilustres, como Prim, Sagasta, Cabrera y Don Carlos en busca de alguna solución negociada para tanto desatino y controversia cruzada. Así acude comisionado por los políticos de Aragón para visitar a Sagasta en la isla de San Denis. Trata también muy de cerca con el exiliado Cabrera —cuasipaisanos catalano-aragoneses eran— y con Don Carlos, llegando a tratarse una

(8) Una sobrina nieta del cardenal, M.^a Jesús Cascajares, señalaba en sus memorias previas a 1947 —salvadas por su hija M.^a Josefa Gómez Cascajares, referidas a Castillejo de Robledo, Fuentecén y Aranda de Duero— cómo dicha rama familiar se había arruinado por la incautación y fabricación de armas al bando carlista desde su fábrica burgalesa, siendo luego ayudados por los Miranda.

(9) Manuel, hermano mayor (n. 1814), abogado y barón de Bárcabo, fue alcalde de Calanda, diputado a Cortes en repetidas ocasiones y leal liberal —como el padre— hasta su muerte en 1872. Felipe, otro hermano (n. 1820), general de división de Artillería y senador del Reino, muere en 1903. Poco se sabe de otros hermanos menores como Joaquín.



Los barones de Bécabo, Agustín y Catalina, padres del cardenal. El abuelo Justo-José y su familia se habían destacado en la lucha contra los franceses. Agustín, siempre leal a la Corona y al frente de la milicia de Calanda, resultó herido en su lucha contra las tropas de Cabrera en la ocupación de esta ciudad.

propuesta de apoyo carlista para provocar la renuncia de Isabel II y someter luego el pleito dinástico a decisión de las Cortes. Antes de la muerte de Prim (ocurrida el 30-12-1870) habían conferenciado asimismo, durante el exilio de éste en la quinta de Wentvorhc, junto a Sagasta. Catedrático de la Universidad de La Habana, moriría en Francia, quedando de sus escritos obras como *Oratoria Parlamentaria e Intereses provinciales*.

Para «Calanda» todos esos sucesos, de su entorno familiar y de la realidad española del XIX, formaban parte de su experiencia vital (10). Y estaban en el trasfondo del espíritu que, además del específicamente religioso, le animaba. Incluso hay que preguntarse hasta qué punto en su abandono

(10) Con el transcurso del tiempo y la temprana muerte del padre y el hermano mayor, las relaciones entre los hermanos se fueron haciendo distantes. El cardenal no entregó el título pontificio a ninguno de sus sobrinos directos Cascajares.

del Ejército tuviera también causa su negativa a participar en una guerra dinástica que siempre consideró absurda, viendo en su carrera apostólica una posibilidad de mediación.

El cardenal achacaría precisamente el escaso desarrollo económico español y la pobreza de amplias capas sociales a la pérdida de energías que supuso y aún suponía aquel fratricida conflicto latente en que vivía la sociedad española. Nuestros países vecinos aprovechaban para realizar sus reformas económicas y acelerar su progresiva industrialización. Mientras, en España el conflicto dinástico irresuelto —en el que tienen que emplearse a fondo gentes como Espartero, O'Donnell o Serrano— desangra periódicamente al país despilfarrando energías y malogrando a sus mejores hombres (11). De la misma forma que «entiende» la ferocidad de Cabrera, a cuya madre y otros familiares habían ajusticiado las fuerzas liberales en Tortosa, comprende la «cuestión social» en un país estancado por lo que se presenta como un conflicto interno de la familia real, condenando a la postre al atraso económico a aquel «pobre pueblo gobernado por una mujer y un niño», como dirían los más críticos de los regeneracionistas.

Así observa cómo en España las polémicas sobre la I Internacional, con Anselmo Lorenzo a la cabeza, se viven muy intensamente. Ve cómo los representantes españoles se hacen partidarios de la línea de Bakunin. Y el movimiento sindical español adquiere toda la pujanza que muestra el Congreso de Córdoba de 1872, lo que provoca la dura respuesta del liberal Sagasta. Como exponente de la gran crispación nacional, en 1872 estalla un nuevo levantamiento carlista.

Todas estas situaciones parecen enderezarse con la proclamación de Alfonso XII en 1874. De hecho en 1876 se pone fin nominal a la última guerra carlista, aprobándose la nueva Constitución de 1876. Cabrera —casado con una opulenta dama inglesa de la que tendría cuatro hijos— seguía establecido en su residencia de Wentworth, en Inglaterra, donde moriría en 1877 y acepta a Alfonso XII,

(11) Lo mismo consideraría para los conflictos en Cuba, «Cuando hijos acariciados de su Madre...». *Vid. Pastoral sobre la actual guerra de Cuba*, citada, p. 104.

reconociéndosele su graduación y el título de conde de Morella, concedidos por Don Carlos. Un final al que no fueron ajenos los hermanos Cascajares.

Alfonso XII nombra a Antonio María obispo prior de las órdenes militares en diciembre de 1881 en la sede de Ciudad Real y le apadrina en el acto de su consagración, que tuvo lugar en la Capilla Real en junio de 1882. Sin embargo, la nueva crisis económica que se abre en aquellos años ochenta, en este caso coetánea a la europea, va a mostrar la mayor precariedad de las bases económicas e institucionales sobre las que se asienta la España de la Restauración. La muerte de Alfonso XII y la epidemia de cólera de 1885 marcan ciertamente una fuerte crisis que inicia una época de nueva conflictividad social. Y Cascajares es nombrado consejero de la reina regente María Cristina Habsburgo-Lorena.

De nuevo la tensión modernizadora no plenamente encauzada, los conflictos de ultramar, el descontento carlista, la agitación obrera, la cuestión agraria..., todos los asuntos pendientes del siglo reclaman ser atendidos en los tres últimos lustros del mismo, agolpándose en la mesa de los ministros de la Regencia. Y el cardenal no es persona que acepte fácilmente la inercia de los acontecimientos cuando los juzga negativos en su evolución. E intenta, apasionadamente, intervenir en ellos.

3. SU PROYECTO FRUSTRADO.

En 1892 la clase política del turno de partidos, surgida a la vida pública veinte años antes, empieza a mostrar signos de agotamiento. Y claramente desde 1895 «Calanda» empieza a creer necesario llamar a muchas de las gentes que se habían mantenido al margen del sistema de partidos, principalmente a tradicionalistas, carlistas y costistas, para inyectar savia nueva al Estado.

El cardenal piensa en «la plena y cristiana reconciliación de las familias de S.M. María Cristina y de D. Carlos». Para revertir desde valores religiosos firmes un partido nacional distinto reestructurando el propio sistema de partidos. Con unos políticos que consideraba amortizados para el país. Con unos partidos que juzgaba se habían formado de aluvión para hacer posible el proceso restaurador y constitucional de los años setenta, pero que



En los avatares de esta familia pueden rastrear los últimos dos siglos de la historia de España. En la foto, Miguel Gómez Cascajares —y su esposa Francisca Constans Carbonell— sobrino biznieto del cardenal, laureado en el Alcázar de Toledo.

—carentes, a su juicio, de aquellos firmes valores— habían degenerado en la corrupción institucionalizada que su paisano aragonés Joaquín Costa definía como de «oligarquía y caciquismo». Una clase política insensible e incapaz de acometer las reformas que en lo sustancial necesitaba el país. Y de llegar a acuerdos con quienes se mantienen a extramuros del sistema, restando a éste la credibilidad y base social necesaria para transitar por las procelosas aguas del fin de siglo.

En junio de 1896 se imprimió el proyecto de ley de Joaquín Costa sobre preparación del Plan General de Pantanos y Canales de Riego. Costa sigue impulsando su regeneracionismo económico pregando —con escaso éxito— la necesidad de impul-

sar por doquier obras hidráulicas. Su necesidad de «Escuela y Despensa», sus escritos económicos, sus recomendaciones y su incipiente búsqueda del «cirujano de hierro» coinciden parcialmente con los criterios del cardenal, no obstante los desencuentros que en otros aspectos tiene con su paisano. Porque para «Calanda», a la altura de 1898, el cirujano de hierro que España necesita es Camilo García de Polavieja.

Había apostado por él recomendándolo a la reina María Cristina como gobernador y capitán general de Filipinas, en 1896. Y tras su trabajo en Manila es devuelto a España. No le afecta el desprestigio de la guerra hispanonorteamericana en ultramar. Y tras «el desastre» está en expectativa de destino. E intenta una alianza gubernamental entre tradicionalistas y silvelistas encabezada por Polavieja, que acabe con el vacío dejado por el asesinato de Cánovas en 1897. La iniciativa no prospera.

Entretanto Joaquín Costa seguía adelante. Había convocado en Zaragoza, bajo su presidencia, con el patrocinio de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, a las Cámaras de Comercio y toda suerte de entidades agrícolas, mercantiles e industriales de España, salvo a las incipientes organizaciones obreras. Santiago Alba había sido nombrado delegado de las Cámaras de España para aquel evento. Cascajares, cada vez más enfermo, también procura adhesiones para este proyecto político. Y, más aún, el cardenal propone a la reina regente ofrecer formar gobierno a Costa, aunque en colaboración con Gamazo. Como dijo Silvio Kossti en una conferencia en Zaragoza, «Costa no quiso atender elevadas indicaciones», en el sentido de atender dicha colaboración con Gamazo, que supuestamente obedecía al propósito real (y de Cascajares) del «toco vigilado por el cuerdo; Don Quijote y Sancho; el águila y el plantígrado...» (12).

Se trata de superar el desastre y asegurar el proceso que debe conducir al advenimiento de Alfonso XIII, dando al mismo tiempo una respuesta desde el terreno de los valores a la «cuestión social». Desde entonces hasta su muerte —con sus idas y venidas a Roma, sus consultas al Papa— va a perseguir la idea de romper la rígida oligarquía del

(12) Cfr., Maximiano García Venero, *Santiago Alba. 50 años de historia política de España*, (Madrid, Aguilar, 1963), pp. 41-50.

turno partidario, tan criticado por Costa como por él mismo. Va a impulsar ese proyecto de abrir una brecha nueva capaz de alterar una dinámica que juzga acabará llevando el país a cotas aún mayores de desmoralización. Intentará impulsar la creación de un nuevo partido. Hablará de la necesidad para España de hombres nuevos. Para decirlo con sus mismas palabras, de «hombres de acrisolada honradez y de enérgico carácter; hombres injertos en Francisco de Asís y Bismarck... (Un nuevo partido) «de la gente honrada, sinceramente católico y sinceramente dinástico... para afianzar el Trono de la Regente María Cristina hoy y el de S.M. el Rey mañana» (13).

Por esa misma insistencia había empezado a ser visto con desconfianza desde los partidos tradicionales —como le ocurriría a su paisano Joaquín Costa— y los círculos del Gobierno. De todas sus gestiones y mediaciones informaba puntualmente a León XIII, viajando a Roma para despachar personalmente de los asuntos de España y de la evolución de la cuestión social, que tan especialmente le preocupaba. Al regreso de uno de esos largos y pesados viajes moriría precisamente en Calahorra (14), el 27-7-1901, aunque en su testamento dejaría claramente reiterada su voluntad de ser luego trasladado y enterrado en la Capilla del Milagro de la iglesia del Pilar de Calanda (15).

Su proyecto frustrado fue el de un regeneracionismo «castizo», por emplear su propia expresión,

(13) Opiniones recogidas en *El Siglo Futuro*, 10-11-1898, de las críticas realizadas por Cascajares a los partidos en *La Crónica Mercantil* de Valladolid.

(14) En Calahorra se estableció su hermana Pascuala, quien había casado con un Miranda. Cuando el 26 de junio de 1896 Su Santidad León XIII quiere inmortalizar el apellido Cascajares concediéndole el título pontificio de conde de Cascajares, lo rechaza entregándose a su sobrino Gaspar de Miranda y Hurtado de Mendoza, aunque extrañamente no llevara su apellido. El palacio de éste, en el número 1 de la tradicional calle del Palacio, todavía se conserva en estado de gran deterioro, junto a la catedral y la denominada Plaza del Cardenal Cascajares.

(15) El «comunismo libertario» establecido en la zona durante la guerra 1936-39 causaría graves daños a esta iglesia y sus obras de arte. Un sobrino biznieto del cardenal, Miguel Gómez Cascajares, capitán de la Guardia Civil, sería laureado como defensor del Alcázar de Toledo en dicha contienda.

llevado a cabo desde el trono. Un regeneracionismo político-social que debía atraer a la Monarquía parlamentaria a los carlistas, quienes a su entender, al mantenerse al margen del sistema, restaban vitalidad al Estado y base social al régimen de la Restauración, al tiempo que favorecían la inestabilidad

socioeconómica y ampliaban el margen de manobra de las potencias rivales, principalmente los Estados Unidos, frente a España. Y también un fuerte regeneracionismo religioso, porque —en sus palabras— «Dios ha estado siempre con nosotros cuando nosotros hemos estado con Él» (16).

(16) *Pastoral sobre la actual guerra de Cuba*, recogida en *La Cruz*, tomo I, 1896, p. 335.